**ECONOMÍA Y BIBLIA, Pedro Pierre**

En estos tiempos de crisis social profunda y de búsqueda de un nuevo modelo de sociedad, vamos a profundizar sobre lo que la Biblia puede aportarnos hoy. Estamos acostumbrados a pensar que la Biblia nos da casi exclusivamente respuestas religiosas a nuestros problemas. No nos detenernos mucho en descubrir cómo estaba organizado el pueblo que nos regaló333 el libro más leído del planeta. La Biblia no nos da la respuesta inmediata a nuestros problemas, pero puede darnos caminos y criterios que nos confirman que otra y mejor manera de vivir en sociedad es posible. Vamos a tratar de descubrir lo que nos enseña el pueblo de la Biblia sobre la economía.

Por economía, entendemos que esta no se limita a cuestiones financieras, sino cómo se organiza la sobrevivencia de las personas y la repartición de los bienes y riquezas de la tierra para una vida decente. ¿Cómo enfrentaron este desafío el Pueblo de Jesús, el mismos Jesús y los primeros cristianos? La historia que nos cuenta la Biblia no es sólo espiritual sino también económica.

Los primeros padres del Pueblo de la Biblia fueron una pareja, Abraham y Sara, que decidieron dejar su tierra. Estaban desconforme con la organización social de los reyes que los mantenían en la explotación, la cual estaba justificada por la religión. Optaron por buscar mejor suerte en otro lugar. Sintieron que está decisión provenía de un llamado divino. Eran un pequeño grupo de familias que buscaban vivir en mayor fraternidad y mayor equidad. Deseaban una repartición de los bienes materiales y de subsistencia, que correspondiera a la satisfacción de las necesidades básicas de cada familia. En esta peregrinación o migración hicieron la experiencia de un Dios cercano y amistoso. Y así llegaron a las tierras de la actual Palestina donde se establecieron ellos y luego sus descendientes.

Después de varias generaciones, una hambruna obligó estos descendientes de Abraham y Sara a buscar refugio en Egipto, pero en una situación de esclavitud que se alargó durante varios siglos. Conservaron el recuerdo de Abraham y Sara como también del Dios que estos habían descubierto.

Este recuerdo y esta fe les ayudaron a salir de Egipto gracias al liderazgo de otra pareja, Moisés y su hermana Miriam. Como sus primeros antepasados decidieron buscar mejor suerte volviendo a las tierras de Canaán-Palestina. Retomaron el proyecto de Abraham y Sara: libertad colectiva, fraternidad equitativa y fe en un Dios amistoso. Tal como pasó con Abraham y Sara descubrieron que Dios los acompañaba en su proceso de liberación y en su decisión de vivir libre, fraterna y equitativamente.

En el desierto del Sinaí, el mayor desafío era la sobrevivencia: ¿cómo no morir en el intento? Una experiencia significativa les hizo descubrir la necesidad de organizar el compartir equitativo entre familias. En el camino del desierto encontraron una planta que producía unos granitos muy particulares. Eran comestibles, pero no se conservaban más que un día. Fue la experiencia del maná que nos cuenta el segundo libro de la Biblia: el Éxodo. “Cada uno recogía lo necesario para la gente de su tienda de campaña… Cuando lo midieron con el decalitro, ni los que recogieron mucho tenían más, ni lo que recogieron poco tenían menos: cada uno tenía su ración”.

En esta travesía del desierto que duró 40 años, o sea, el tiempo de toda una generación, el pueblo de Moisés hizo una experiencia a la vez ‘económica’ y religiosa. Su organización ‘económica’ del compartir equitativo los llevó a reconocer que el Dios de sus antepasados los seguía acompañando como amigo, consejero y liberador con ellos, los esclavos de Egipto y los pobres del desierto.

Una vez en Canaán, se complementó esta costumbre del compartir equitativa por unas leyes que limitaban la acumulación de tierra y de dinero: “No ha de haber pobres entre ustedes”. Cada 7 años se perdonaban las deudas a quienes no las podían realmente pagar: era la ley ‘sabática’. Cada 50 años las propiedades embargadas o vendidas eran devueltas a su primer propietario: era la ley ‘jubilar’ en “el año de la gracia del Señor”. Hay que saber que, al llegar en Canaán, la repartición de tierra a cada familia: la ley decía que la tierra no se compra ni se vende.

Siglos después, Jesús de Nazaret que venía para “anunciar Buenas Nuevas a los pobres” retomó el proyecto de Moisés y Sara y “proclamar el año de la gracia del Señor”. Además, Jesús y el grupo de los 12 apóstoles, hacían “bolsa común”. Al enseñarles la oración del Padrenuestro, Jesús les invitó a pedir: “Danos hoy el pan de cada día”. Y la eucaristía iba a ser “el nuevo maná que había bajado del cielo”: el alimento del compartir. En su parábola de los obreros contratados para trabajar en una viña, al final del día todos recibían el mismo salario, sin haber trabajado igual tiempo, porque el salario debe cubrir el pan del día para toda la familia. En cuanto a los primeros cristianos, sabemos que “todo lo ponían en común: entre ellos no había ningún necesitado”.

Parece que los bautizados en la fe de Jesús nos hemos olvidado bastante de sus palabras y de sus prácticas, como también de las de sus primeros seguidores… como que si no fuéramos los descendientes de Abraham y Sara y de Moisés y Miriam. ¿Por qué no nos inspiramos a las lecciones económicas que nos da el Pueblo de la Biblia, en vez de volver a esconder a Dios, a Jesús y a los primeros cristianos en las sacristías y “en los cielos”? Tenemos allí unas alternativas económicas a la desastrosa situación nacional actual. afín honrar el nombre de cristianos que llevamos y ser dignos y valientes descendientes de Abraham, Sara, Moisés, Miriam y cuantos más.